

TUCUMÁN Y LAS NOVELAS DE LA PESTE

La peste ha trazado un surco insoslayable en el presente; sin embargo, huellas del mismo flagelo pueden leerse en la novelística que se escribió e imaginó en la provincia de Tucumán desde la década del cincuenta. Así sucede en las obras de Pablo Rojas Paz, Elvira Orphée, Tomás Eloy Martínez, Julio Ardiles Gray, Adolfo Colombres, Eduardo Rosenzvaig y Sara Rosenberg. En sus textos, la peste puede ser una condena divina, forma de la muerte o del olvido, o acaso la representación inevitable del hambre, el miedo y el silencio.

POR MÁXIMO HERNÁN MENA

I. Comienzos de la escritura

En el año 2012, mientras escribía la tesis de licenciatura, dejé un registro escrito del impacto que me produjo leer sobre la peste en la novela *Pretérito perfecto* (1983) de Hugo Foguet. En noviembre de 2017 comenzaba a analizar de un modo sistemático y completo las novelas que había relevado en la investigación sobre la novelística que, entre 1950 y 2000, se dedicó a construir y narrar un *lugar* —como señalaba Juan José Saer— llamado Tucumán. En ese momento, el corpus ya contaba con más de sesenta novelas y había podido notar una “huella”¹ de la escritura —y de la historia— que aparecía, una y otra vez, en varias de las ficciones: esa marca, esa serie, era la peste.

Tema, recurrencia, suceso, alegoría que regresaba siempre como en el vaivén de una marea. Sin embargo, movida por las aguas del tiempo y de la historia, siempre volvía de un modo diferente. Esta presencia y persistencia me indicó que la escritura de la investigación debía empezar justamente por allí. El presente ha señalado la pertinencia de ese gesto.

Los principios siempre tienen relación con los finales. Así lo define George Steiner al iniciar sus *Gramáticas de la creación*: los comienzos, los inicios se articulan con la conciencia del final, de los cierres, de la muerte. Así es que los procesos de decadencia, decrepitud, en los que la vida se apaga, se hace patente, como una epifanía, la “común mortalidad”. Los relatos acerca de las pestes, epidemias o muertes colectivas a gran escala tienen la potencia de revelar cómo la muerte se lleva e iguala todo, el modo en el que conjuga sensaciones cerca del final, y esa asombrosa fascinación por el ocaso,² a la manera de las “Danzas macabras” españolas o como sucede en la pintura *Der Zug des Todes* de Gustav Spangenberg. La presencia y representación de la peste es un *memento mori* inevitable. Sin embargo, si la muerte atrapa a todos, las ficciones intentan registrar/escribir/inscribir



las muertes anónimas, las de aquellos que mueren en las calles de ciudades atestadas, para perder los rostros, los cuerpos, los recuerdos de los otros mientras los espacios urbanos se convierten en cementerios interminables. Ya en los tiempos de Grecia y Roma, la peste era un enigma y la encarnación de una catástrofe:

Lucrecio muestra un implacable sentido del «principio de realidad», de la irremediable exposición humana al desastre. ¿Quién, salvo Tucídides, ha igualado su manera de presentar la peste, esa «marea de muerte» venida de Egipto que engulle a Atenas, agostando a los hombres hasta volverlos locos? Lucrecio insiste en la fuerza de la razón, del diagnóstico racional. Pero impone sus limitaciones. La observación es estremecedora: mussabat tacito medicina timore (...):

[Los médicos enmudecieron y no supieron qué decir: tenían miedo de tantos ardientes ojos abiertos vueltos hacia ellos porque no podían dormir].³

Albert Camus coloca como epígrafe de *La peste* (1947) una frase de Daniel Defoe: “It is as reasonable to represent one kind of imprisonment by another as it is to represent anything that really exists by that which exists not” [Tan razonable como representar una prisión de cierto género por otra diferente es representar algo que existe realmente por algo que no existe].⁴ Camus construye, con un breve párrafo, una genealogía, una serie con el *Diario del año de la peste*

(1722) y la obra de Daniel Defoe, y al revelar esta clave del arco, señala que en este libro la peste también puede ser otra cosa o muchas; se convierte en metáfora, en símbolo, en una imagen que condensa sentidos. Por su parte, Ivan Jablonka afirma que existe un vínculo entre realidad y ficción que no tiene que ver con la mimesis, y esto ocurre cuando esta suerte de ficción-revelación provoca, a través de una alegoría o símbolo, una “comprensión instantánea” y proporciona al lector claves “para decodificar lo real”.⁵ Es por ello que los relatos sobre la peste emplean esta metáfora o símbolo para generar una reflexión de índole histórica. Desde los libros de Daniel Defoe, Alessandro Manzoni,⁶ hasta los de Albert Camus y Philip Roth,⁷ la peste, como metáfora y alegoría, “puede decir la verdad trasponiéndola”.⁸

La historia recupera y reconstruye, restituye palabras y presencias perdidas. Trae de nuevo lo conflictivo, lo que resiste en los límites, en los bordes del recuerdo. Por eso, se transforma en una conversación lúcida con lo Otro, en particular, con lo que ya no está, con lo que ha muerto, con “un tercero ausente”. Lo muerto, aquello que permanece en silencio, vuelve a hablar y esa voz se transforma en un cuestionamiento: “porque hablar de los muertos es al mismo tiempo negar la muerte y casi desafiarla”.⁹

La novela también recupera las voces de los derrotados, de las figuras mínimas y cotidianas, de aquellos que se pierden en el oleaje del tiempo para brindarles

“tumbas escriturarias”. En este sentido, respecto a la historia —y podría trasladarse esta cuestión también a la novela—, Michel De Certeau señala una paradoja constitutiva, y es que la historia, al mismo tiempo que recupera documentos, vacíos y voces, consigue que la escritura funcione como un “rito de entierro” que, mientras despliega un pasado, le construye una “tumba”, para poder dar lugar a los vivos y a sus relatos.

Desde esta perspectiva, se puede afirmar que existen novelas sobre Tucumán que toman la imagen y el motivo de la peste para problematizar la historia de la provincia y de la Argentina. En muchas de estas obras —a la manera de la voz del periodista en la novela de Camus—, los narradores se valen de confidencias, documentos y de la habilidad para escribir una suerte de crónica. Las novelas del corpus se ven recorridas por la peste, convertida oportunamente en cólera, muerte inevitable, condena o apocalipsis, y luego transformada en silueta *roja* del miedo y del silencio. A su vez, estas novelas generan “extrañamiento”, al relatar o aludir a la peste, producen “rechazo y maravilla” como estrategia para socavar la historia y el pasado.¹⁰ La peste *toca*, infecta la narración y la convierte con su roce, en otra cosa, en un relato de lo extraño, de lo que se pierde, de la muerte que interroga el futuro desde el pasado. Por ello, en el corpus se pueden identificar dos grupos de obras que aluden y representan las pestes. En primer lugar, una extensa serie de novelas recuentan o recuperan la epidemia de cólera morbo acaecida en Tucumán entre 1886 y 1887: obras de Pablo Rojas Paz (*Hasta aquí, no más*, [1936] 1966; *Mármoles bajo la lluvia*, 1954), Julio Ardiles Gray (*Las puertas del paraíso*, 1968), Adolfo Colombres (*Los días imposibles*, 1972; *Territorio final*, 1987; *Sacrificio*, 1991), Hugo Foguet (*Pretérito perfecto*, 1983), Walter Guido Wéyland (*El descendiente*, 1989) y Eduardo Rosenzvaig (*El sexo del azúcar*, 1991). Mientras tanto, en una segunda serie, la peste se transforma en una forma del silencio y del miedo, en estrecha relación con la premonición de las tragedias del futuro, como anticipos del apocalipsis: obras de Elvira Orphée (*Dos veranos*, [1956] 2012), Tomás Eloy Martínez (*Sagrado*, 1969), Adolfo Colombres (*Portal del paraíso*, 1984), Sara Rosenberg (*Un hilo rojo*, [1998] 2013; *Cuaderno de invierno*, 1999). A pesar de que se ha decidido desplegar los dos ejes por separado para facilitar el análisis, el motivo de la peste se puede reconocer como una “huella” continua e insoslayable en estas novelas.

II. La peste como un recuerdo

La epidemia de cólera que se produjo en Tucumán entre diciembre de 1886 y febrero de 1887 dejó una profunda marca en la historia de la provincia, no solo por la gran mortandad que provocó (se pueden constatar 4787 víctimas que constituyen un sub-registro),¹¹ sino también por el modo en el que se entrelazaron la peste, la muerte, la religión y la política.¹² Los estudios históricos sobre la época destacan las profundas transformaciones económicas y sociales que se generaron en la provincia de Tucumán desde 1876 con el desarrollo del aparato productivo azucarero. Se ampliaron las áreas de cultivo, se modernizó la maquinaria, se movilizaron grandes contingentes de obreros, provenientes del territorio provincial y de otras regiones del país, y se asentaron en torno a la ciudad capital.¹³ El desarrollo económico y la especialización agroindustrial azucarera no se traducían aún en mejoras en la urbanización de los espacios públicos ni de las condiciones de vida de los sectores populares.¹⁴ En la primera mitad del siglo XX, el sistema sanitario en la provincia era muy precario, no se ponían en práctica medidas de higiene pública y tampoco se contaba con la infraestructura sanitaria y el personal médico necesario.¹⁵ Esto derivó en que los casos de enfermedades endémicas como el sarampión (1881), la viruela (1883) o el cólera¹⁶ (1867, 1886-1887) se multiplicaran exponencialmente hasta transformarse en epidemias.¹⁷ Así se lo puede leer en la palabras del Dr. Eliseo Cantón, protagonista de *La bomba silenciosa* de Eduardo Rosenzvaig:

Las condiciones de los ingenios, la situación de salubridad en estas fábricas azucareras es espantosa, el cólera encontrará aquí a su principal amante, se enredará con él, creando miles de ángeles exterminadores y de huérfanos si acaso invade. ¡Hay que detenerlo a cualquier costo! La provincia se verá un cementerio señores.¹⁸

En el transcurso de 1886, ya se habían registrado los primeros brotes de cólera en Buenos Aires, Córdoba y Rosario.¹⁹ En los comienzos de la epidemia, tanto la prensa²⁰ como las autoridades²¹ se encargan de negar la gravedad de la situación. La situación empeora aún a raíz de la tensión existente entre el gobernador tucumano Juan Posse y el presidente Miguel Juárez Celman, a raíz de que en Tucumán, en las elecciones de junio de 1886, se había apoyado la candidatura de Bernardo de Irigoyen, opositora al juarismo.²² Luego de su triunfo, Juárez Celman nombró a sus adeptos en puestos clave de la ad-

ministración nacional en Tucumán: Eudoro Vásquez como comandante de la Guardia Nacional y director del servicio de correo, y Lídoro Quinteros como gerente del ferrocarril.²³ Tanto Vásquez como Quinteros, desde sus funciones, posteriormente, tendrían un papel fundamental en los movimientos sediciosos de junio de 1887.

Para enfrentar la crítica situación, el gobernador Posse junto con los mandatarios de Catamarca y de Santiago del Estero deciden establecer un “cordón sanitario” para el tránsito ferroviario proveniente de Córdoba y para la correspondencia que llegaba desde el Litoral.²⁴ Este gesto recibe la condena del ministro del interior Eduardo Wilde. El 28 de noviembre de 1886 ingresa a Tucumán un tren que transportaba al Regimiento N° 5 de Caballería que tenía infectados de cólera.²⁵ Según las denuncias del gobierno de Posse, el ejército venía en *tren de guerra* por el gobierno nacional y apoyado por la oposición provincial que fogueaba la supuesta resistencia de Tucumán a suprimir las cuarentenas interprovinciales ordenadas por el ministro Wilde.²⁶ Con posterioridad a los sucesos de la peste, Lídoro Quinteros, con el uso de infraestructura, armamentos y fuerzas estatales, encabeza el 12 de junio una asonada que luego de 26 horas de combate y con 40 muertos consigue derrocar a Juan Posse.²⁷ El 2 de julio de 1887, Juárez Celman promulga la intervención federal de Tucumán y pone el gobierno en manos de Salustiano Zavalía, que declara la ilegalidad de las autoridades, del Poder Legislativo y del Colegio Electoral, para llamar a elecciones en las que será consagrado Lídoro Quinteros como gobernador.²⁸

LA PESTE TOCA, INFECTA LA NARRACIÓN Y LA CONVIERTE CON SU ROCE, EN OTRA COSA, EN UN RELATO DE LO EXTRAÑO, DE LO QUE SE PIERDE, DE LA MUERTE QUE INTERROGA EL FUTURO DESDE EL PASADO.

En *La bomba silenciosa*, de Rosenzvaig, se intenta reconstruir, a través de la ficción, los modos por los que la epidemia se encadena con los mecanismos políticos de la época: el Estado nacional emplea la peste como herramienta política de represión y control. En la novela, se convierten en protagonistas el gobernador Juan Posse, los médicos Eliseo Cantón y monsieur Bruland, el químico Federico Schickendantz, el industrial francés Clodomiro Hileret, Lídoro Quinteros y el ministro Eduardo Wilde, todos nombres que se corresponden con los de personajes históricos.²⁹

En sintonía con la ficción de Eduardo Rosenzvaig, para el historiador Santiago Rex Bliss, los sucesos entre 1886 y 1887, que condujeron a la intervención federal, son ilustrativos del funcionamiento de la política en esos años,³⁰ pero también señalan el papel decisivo de la prensa,³¹ el empleo faccioso de las estructuras e instituciones provinciales/nacionales, la apelación y justificación de la intervención armada y de los mecanismos parlamentarios.³² De este modo, la oposición al gobierno de Posse aprovechó la coyuntura política y el caos producido por la epidemia para “crear las condiciones para una intervención federal a la Provincia.”³³ También se alude a la variable política en relación con la epidemia de cólera en la novela *El descendiente* (1989) de Wéyland, con el trasfondo de las tensiones entre el poder central y la autonomía de las provincias.

En el escenario de la peste se dibujan siluetas de la conspiración, la epidemia se convierte en una intriga en la que la muerte tiene un rostro invisible y ubicuo, el caos permite manejar los hilos de la política con más dominio. Así se lo señala Bruland a Eliseo Cantón: “Recuerdo la peste de fiebre amarilla en Buenos Aires en el año 71, mil quinientos muertos en un solo día. (...) ¿Cuántos asesinatos se cometieron ese día sin que la policía se percatara? El crimen perfecto debe hacerse en el pandemónium.”³⁴

Mientras tanto, en *Santísimas viruelas*³⁵ la peste recién hace su aparición al final del relato, como una culminación o condena, y en esto se diferencia de todas las otras novelas del corpus en las cuales las imágenes de la peste abren los relatos y las vidas de los personajes: siempre se habla de la peste al comenzar a contar la historia, como si fuera una huella de los inicios y el relato se inaugurara con la muerte. En esta novela de Rosenzvaig, la viruela es llamada la “peste india”, y la epidemia narrada en las tierras del Chaco, a mediados del siglo XVIII, es desencadenada por la voluntad de Dios, una forma del apocalipsis como castigo por los pecados y la insumisión: porque los nativos “antes vivían sin Dios y sin viruelas. DIOS... Para traer a Dios fue necesario desembarcar las viruelas.”³⁶ Del mismo modo,

en la epidemia de cólera de 1886-1887, según Cynthia Folquer, los habitantes se convencieron de que el *colera morbus* era una muestra de la cólera divina. La configuración de la epidemia como castigo de la divinidad frente a la corrupción de las almas y la relajación de las costumbres tiene una estrecha relación con la visión de un Dios sádico que se corresponde con algunos rasgos profundos de la religiosidad en tiempos coloniales:³⁷ “—¿Por qué nos castiga Dios, papá? (...) —Lo que pasa, hija, es que Dios jamás estuvo en este pueblo”.³⁸

La percepción de la epidemia en su aspecto punitivo se ve reforzada a partir del debate de un conjunto de leyes laicas (Registro Civil y Educación, 1882-1884; matrimonio civil, 1888), con las cuales el Estado asumía el manejo de mecanismos de control social que antes se hallaban en la órbita de la Iglesia.³⁹ Con posterioridad, en los años de la peste, se percibe un aumento del “fervor religioso” en la población como respuesta ante la muerte ubicua y masiva, lo cual se hace visible a partir de las numerosas misas, plegarias públicas, tañidos constantes y “lúgubres” de las campanas, y las procesiones con figuras protectoras como San Roque, el santo “antipeste”.⁴⁰ Uno de los efectos de la peste es que la muerte se volvió anónima, despersonalizada y se “desacralizó” al abandonarse los rituales enterratorios, los procesos de paso.⁴¹ Así es cómo, de acuerdo con George Steiner, la muerte pierde su trascendencia como momento único, solitario/solidario, y “se manchilla hasta convertirse en mera rutina”,⁴² en paisaje olvidable.

Las imágenes de la peste atraviesan las novelas en Tucumán. Entonces si “una casa puede darnos la idea aproximada de quién la habita; pero, el camino es la historia de la vida de un pueblo”,⁴³ puede el lector encontrar a “los que caían vomitando en la vereda durante la epidemia del cólera”,⁴⁴ aquellos que espiraban en “un vómito negro verdoso y hediondo”,⁴⁵ “los carretones cargados de cadáveres y moribundos por los empedrados y barriales de la ciudad”,⁴⁶ en la caja de esos carros guiados por una suerte de Caronte borracho y final, “se amontonaban brazos retorcidos, piernas encogidas y manos crispadas” o también, en algunos caminos “los cuerpos quedaban insepultos hasta cerca de una semana”,⁴⁷ o “se encuentran tirados en una zanja algunos cadáveres en completo estado de putrefacción. (...) Se supone que los cadáveres eran peones de algún ingenio azucarero”.⁴⁸ Se visualiza mejor el caos al imaginar una geografía de barro y decrepitud, multitudinaria, en la que se confunden el suelo con las paredes de las casas,

con la piel y los cuerpos de los habitantes. La descripción de esta ciudad vibra en las palabras del periodista Ramón Furcade mientras conversa con la anciana centenaria Clara Matilde en la novela *Pretérito perfecto* de Hugo Foguet. Hablan sobre la peste de 1887 y es el joven Furcade el que le cuenta a Clara Matilde cómo fue la epidemia, cómo ella siendo una niña consiguió escapar de la ciudad envuelta en sábanas y protegida por su familia y criados: Furcade le restituye su pasado al volver al presente esa pintura, digna de las escenas finales en los trípticos de Hyeronimus Bosch:

*—¿No recuerda otra cosa que los gatzates? La gente hablaba del “tren de la muerte”, un tren con soldados y cólera morbo abrazado a la chimenea, calaveras asomando por encima de los techos y una altísima parca, tocada con galera, blandiendo una segadora que ocupaba todo el horizonte. (...) Murieron seis mil, por caridad de Dios de los más pobrecitos, una tercera parte de la población (...), los muertos se caían de los carros; en los hospitales los enfermos esperaban turno acostados en las veredas; la gente moría en las calles y las calles, por la noche, estaban iluminadas con fogatas oscuras y hediondas, una humaza negra y acre para espantar la peste y todo eso mezclado con ayes y quejidos, con procesiones de Nuestra Señora y el Señor de la Salud, con tormentas de verano que desgajaban árboles y convertían las calles en ciénagas, y soles que levantaban el agua a los cielos para amontonar nubes, humedad y calor.*⁴⁹

Los contornos de este escenario se desprenden también de las palabras y de la mirada del médico Eliseo Cantón, ya que es consciente de que la ciudad actual no es la misma que la que en 1867 se enfrentó con los embates de otra epidemia de cólera:

Hay que decirle a tu padre que la ciudad no es la misma. Ahora es una urbe con fábricas, desordenada, sin inversión en salud pública. Él no sabe nada, está pensando en la caña alta, jugosa aunque inútil si se muere.⁵⁰

Se abandonan los muertos, pero también las casas, la ciudad, todos intentan huir. Se crean nuevos lazaretos para enterrar a los habitantes alcanzados por la peste. Uno de ellos es el de La Quinta Agronómica⁵¹, predio en el que funcionaba una escuela de agricultura.⁵² La “ciudad apestada” no pudo dar lugar a todos sus muertos y toda la geografía de la provincia se convierte en un gran cementerio. Entonces, la muerte se con-



virtió en una marca más en el paisaje, habitando cada rincón, con los cuerpos en las calles, en los caminos, en el campo, en las casas vacías y abandonadas:

Ante el pavor del desastre, Celedonio Ramiro tardó en comprender su magnitud. Y fue el momento del “sálvese quien pueda”. Ordenó de forma terminante que todos evacuaran el pueblo y se diseminaran en la maraña, como forma de evitar el exterminio. Los enfermos y los muertos debían ser abandonados.⁵³

El fragmento anterior reitera de modo casi textual los conceptos de Gregorio Aráoz Alfaro, médico y testigo de la epidemia: “locura colectiva, el sálvese quien pueda de los grandes desastres”.⁵⁴ La peste alteró las relaciones humanas entre los miembros de una misma familia y los vínculos del tejido social. Como señala Folquer, la epidemia de cólera “generó conductas de desconfianza recíproca” y tanto los enfermos como cualquier *otro* fueron percibidos como peligrosos o como una amenaza. Pero no solo se abandonaba la ciudad, sino también a los vivos, ya sea que estén enfermos o no, e incluso a los niños, como aquellos “niños famélicos que se encontraron abandonados en medio

del campo”.⁵⁵ En *Hasta aquí, no más* de Pablo Rojas Paz, se puede leer una descripción cruda y descarnada de la locura colectiva y del caos social:

En tiempos de la terrible peste, las comisiones de médicos y las patrullas de policía hallaban en los ranchos en ruinas, a criaturas de meses abandonadas por quienes, ante el horror de la epidemia, enloquecidos de egoísmo, habían huido ellos solos. En cuanto alguien mostraba los primeros síntomas del mal, era entregado a su propia suerte y nadie quería alcanzarle un vaso de agua. Eran vanos los lamentos; para no oírlos gritar, con frecuencia los ultimaban de un hachazo en la cabeza. Se mentaba que encontraron criaturas de pecho jugando junto al cadáver de su madre o tratando de alimentarse del pecho frío de la muerta. Los niños de más edad huían desprovistos hacia los montes, llamando a sus padres con gritos lastimeros. Todos estos chicos fueron aislados en la cárcel de Tucumán.⁵⁶

Peste, muerte, miedo, amenazas y el desafecto se reúnen para dar cuenta de seres que intentan escapar de su propia mortalidad y de los *otros*. Un escenario en el que todos estaban contra todos, en el que inclu-

so, en localidades como Los Sarmientos, se registraron episodios en los que los pobladores resistieron frente a las órdenes y directivas de los agentes sanitarios que fueron atacados y algunos asesinados brutalmente.⁵⁷

Pero no todo fue abandono y desinterés durante la epidemia porque también se destacan los gestos solidarios de mujeres como Elmina Paz Gallo, médicos como Eliseo Cantón, extranjeros, ayudantes, miembros de la Cruz Roja.⁵⁸ En este sentido, una historia de abnegación es relatada por Julio Ardiles Gray en *Las puertas del paraíso*, al narrar las acciones de Calisto, un criado que protege a las hijas de su patrón, únicas sobrevivientes de la peste. Así, nos cuenta Clemencia con “un doloroso gesto de la memoria” cómo llegó la “maldición del cólera” a las tierras de su familia en “El Paraíso”, en la sombra de un jinete forastero, y cómo perdió a sus padres y a su hermano. Las cosas que se han perdido se cuentan en silencio:

En el patio, nuevamente, estaban ardiendo cosas.

Los caballos estaban ensillados.

—Nos vamos, niña —dijo Calisto.

—¿A dónde...? —le pregunté.

—Al monte —me respondió. (...) Tenemos que huir de la peste. Está causando estragos.

—Pero y papá, mamá, la Tomasa y Fabián —grité, como si no supiera nada de lo que había ocurrido.

Calisto bajó los ojos y murmuró sordamente:

—Usted ya sabe, niña. Trate de decírselo a sus hermanas.⁵⁹

La peste ha llegado, se ha llevado todo, solo queda el recuerdo como el guardián de lo que se fue, del *paraíso*. Aunque también se parece la memoria a una molienda interminable e infructuosa. En esta “provincia embrujada” en la que “no siempre era fácil discernir entre la realidad y la fantasía”,⁶⁰ producto de “desórdenes ir- reales”,⁶¹ pareciera como si todo lo sucedido hubiera sido una “pesadilla”. Se lo señala así el personaje del médico Bruland al joven Eliseo Cantón:

—Vuestro profesor de la Facultad sabe que este lugar campamento, donde todo está en construcción, y la gente vive entre animales y goza como animales, no resistirá el cólera. Él lo calculó. Se tragará a media población. Una bomba biológica no pudo imaginarla Julio Verne. Wilde no puede organizar una invasión armada en medio de la peste en Buenos Aires. ¿Ahora entendés? Wilde envía al último gobierno opositor un

tren lleno de mierda y bacilos. ¿Soy claro ahora? Lo debió inventar en una de sus pesadillas. Después de una larga jornada sin poder detener su pecho con hipo.⁶²

Y como una marca que deja la pesadilla en la realidad, vuelve a resonar el miedo.

III. Huellas desde el miedo

Finalmente, la epidemia retrocede en las tierras de Tucumán pero queda una nueva epidemia con las cicatrices del silencio: “Entonces estalló el miedo y se extendió peor que la peste”.⁶³ A pesar de que la frase de la novela de Ardiles Gray, citada con anterioridad, se refiere aún a la epidemia de cólera de 1886-1887, en *Sagrado* de Tomás Eloy Martínez, publicada un año después de *Las puertas del paraíso*, se recupera el motivo de la peste para aludir al miedo, al silencio y la represión en plena crisis y resistencia de los obreros azucareros con las marchas del hambre. Desde esos años, el miedo se transforma en la “más triste y pestilente plaga de los parajes tropicales”, en una ciudad en la que cada rostro anuncia un posible contagio y en la que reina la resignación “fétida del hambre”.⁶⁴ El miedo tiene un doblez, y es el hambre; las dos nuevas pestes que arrasan en Tucumán:

Las pestes y las tristezas vinieron del cielo pero fermentaron en la tierra. Para borrar la peste de los hambrientos la policía ha aprontado mil caballos, setecientos fusiles, dos mil pistolas lanzagases, mil garrotes, tres mil sables, mil narices con ganas de oler sangre. El arzobispo y las familias principales han escapado al cerro.⁶⁵

En un escenario de huelgas, manifestaciones, resistencia, hambre y ollas populares, la gente en las calles es percibida como una invasión: “La ciudad se ha quedado como muerta”.⁶⁶ En esta ciudad de pesadillas, el *otro* es una peste, el pobre es un apestado. El hambre ya tiene la fuerza de una epidemia. En estos años y con una geografía en ebullición y sujetos en crisis, se perfilan los rasgos de una nueva peste con la confluencia del hambre, el miedo y el odio: la amenaza de la “guerrilla”, como se lee ya en *Sagrado*:

...si ves un enfermo no lo toques el contagio... acecha la resignación es el pan verdadero de los pobres jamás crucés la calle el peligro te espera en todas partes pero

tus buitres más temibles son los aventureros de las guerrillas destructores de la familia y comedores de chicos.

(Pero mezclate en todas las plagas, escupí los panes caritativos, cruzá las calles entre los balazos, fusil al hombro hermano, el agua de los montes y la gente que espera tus barbas en los pueblos vale más que subir en cuerpo y alma al cielo.)

Sea el miedo que hemos cuidado y amamantado y traído al mundo entre pañales el que nos abofetea hasta la carroña y nos calcine con sus drogas salvajes.⁶⁷

Confluyen en este párrafo la advertencia de los padres hacia los hijos sobre los peligros de cruzar la calle sin permiso y la posibilidad de ser devorados por los guerrilleros. Se educa con el miedo. El miedo se gestiona, se conduce, se “amamanta” con él a los niños desde que nacen. Este miedo inculcado desde la infancia está representado en la novela *Dos veranos* de Elvira Orphée. Así es que un niño le dice al protagonista Sixto Riera que parece un apestado, un contagiado y que se está hinchando lentamente rumbo a la muerte. Los niños, en su crueldad, reconstruyen el mundo y los significados de la peste, pero también la emplean para excluir y marcar a los otros.

—¿Cómo te han dejado pasar si hay un cordón sanitario?

—¿Un qué? —quería enterarse de todos los síntomas.

—Un cordón. Una piola que ponen para rodear las casas donde hay pestosos y que nadie se acerque. (...) Todavía no estaban ahí —sólo los presentía— el horror y el miedo. Preguntó —¿por qué me tengo que ir a mi casa?

—Porque te vas a morir.

Ya estaban. Ya chapoteaba dentro. El miedo era un caldo espeso.

(...) Había comido y dormido tantas veces, ¿para qué? Se sintió un tarro de basura. Llevaba la muerte dentro como una larva asquerosa. (...)

Y ni siquiera puede compartir con los otros el conocimiento atroz recién adquirido. Una vez más no logró decir lo que quería. Su silencio es un cordón sanitario que lo aísla de los otros.⁶⁸

Se articulan, en la novela de Orphée, la infancia, la peste, el miedo y el silencio: los *derrumbes* se producen desde la imaginación, hasta llegar a los cuerpos y las casas. Porque la peste deja cicatrices y marcas profundas es acaso que, años después y luego del reinado de la violencia y de la muerte desde los años sesenta hasta los ochenta en Tucumán, Sara Rosenberg recupera también la imagen del miedo como un hilo que rodea y atrapa a los individuos (*Un hilo rojo*), o como una peste en *Cuaderno de invierno*, un estigma que llevan todos los que llegaron a conocerla: “Seguramente los supervivientes de la peste podrían reconocerse en cualquier lugar del mundo”.⁶⁹ En una de las obras de Rosenberg, el personaje de Ana ha escapado de una “ciudad sitiada” por el autoritarismo, la represión, la muerte impune en las calles, durante el “Operativo Independencia” y luego con la dictadura del “Proceso de Reorganización Nacional”:



OBRAS DE JORGE SÁNCHEZ

La peste se expandía por todas las ciudades (...). Ejércitos de muertos invadían las casas y las calles, no tocaban el timbre ni llamaban a la puerta, la tiraban abajo, todos con la misma cara sin rostro, hasta conseguir que la ciudad se fuera llenando de silencio y oscuridad.⁷⁰

En el presente de Ana, la ciudad nuevamente está sitiada por la sombra de un militar acusado por delitos de lesa humanidad que fue elegido democráticamente y por el miedo ubicuo, “una de las pestes contemporáneas”.⁷¹ Porque “Algo habían hecho” los que eran “portadores de la peste”, por eso “debían perder el cuerpo”, debían “desaparecer” y ser olvidados.⁷² Tanto la peste como la represión hicieron desaparecer los cuerpos, de enfermos, vivos, muertos:

Ninguna pasión es más intensa que el miedo. Ninguna más certera. El miedo crece, como la peste, abarca los rincones, pulula en lo que eran rostros familiares, disfraza y entorpece la visión, trastoca los lugares, se ensaña en los detalles. Y justifica todas, las más inesperadas respuestas, porque tienen necesidad de encontrar un cuerpo donde anidar el tiempo justo para corromperlo.

Los que sobrevivieron a la peste se dividieron entre los que decían que nada había sucedido y los que enmudecieron de tanto haber visto.⁷³

Ana solo puede hablar cuando tiene los ojos cerrados. El miedo y el silencio, como una “venda que te pudre los párpados”,⁷⁴ la han dejado casi ciega. Por eso, la escritura se convierte en el modo posible (factible) de hablar y decir con los ojos abiertos.

IV. La peste como lugar de reunión

Luego de este recorrido se puede entender cómo la peste funciona como un “condensador de sentidos” que permite problematizar, evocar y representar cuestiones socioculturales.⁷⁵ Permite entonces revisitarse, reactualizar el pasado en vínculo con el presente; los fenómenos supuestamente pretéritos pueden convertirse en preguntas para el ahora y el futuro. Por ello, se puede captar la pronunciada recurrencia al tópico de la peste en la novela sobre Tucumán; porque escribir sobre la peste, la plaga, la epidemia, la enfermedad, ficcionalizarlas, permite contar los vacíos y reunir tiempos diferentes en el presente de la escritura. Se recuperan imágenes de la muerte masiva y

catastrófica y, de este modo, el apocalipsis —como bien destaca Claudio Magris— se convierte en “revelación”, que descubre y pone de manifiesto “las cosas escondidas”.⁷⁶

Es posible concebir la peste como un apocalipsis revelador, en el que aparecen los verdaderos rostros de los individuos y se muestran en funcionamiento los mecanismos del miedo, el silencio y el terror. Desde este punto se puede comprender la alusión a la epidemia de cólera en la novela *Pretérito perfecto*. Mientras Ramón Furcade le cuenta su pasado a Clara Matilde, procura que confluyan en un lugar y en un tiempo varias historias: a pesar de los 85 años de distancia que median entre 1887 y 1972, Furcade presiente que entre esos años se encuentra un punto de contacto y de quiebre:

*Eran tantos los muertos, la peste los limpiaba tan rápido que tuvieron que abrir un nuevo cementerio justo en el lugar donde ahora se están pulseando con cascotes y granadas. ¿Usted no lo sabía? En la Quinta Agronómica las plantas crecen con tanta fuerza y los árboles son tan altos y gruesos porque las raíces se hunden en la fosa común: las sales de los huesos, el calcio y el magnesio, el fósforo, la sabiduría de 85 años de obra misteriosa, de vuelta del polvo al polvo, tan en secreto.*⁷⁷

Como ardieron las casas y los cuerpos durante la epidemia de cólera, hombres y mujeres resisten al fuego y al humo de los que quieren quemar cosechas y fumigar las casas. Arde Tucumán que resiste al fuego de las armas, al humo de los gases lacrimógenos que también viene a fumigar la peste de la insumisión y la rebelión social y estudiantil, durante los Tucumanazos y el “Quintazo” de 1972. La muerte de ayer se conjuga y comparte el espacio con la vida del presente, con el hoy vivo en la sangre de los estudiantes rebeldes que en junio de 1972 se enfrentan al Ejército con piedras y hondas. Se ha intentado transformar la peste en algo vivo. La rebeldía se eleva justo en el cementerio del pasado, como un deseo para el futuro. O como un anuncio de los tiempos sombríos por venir.



***Máximo Hernán Mena**

es Licenciado en Letras por la Universidad Nacional de Tucumán y doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente se desempeña como becario postdoctoral del Conicet en el INVELEC-UNT. Ha recibido becas del CIN y del DAAD, y en 2017 el Congreso de la Nación le otorgó el segundo premio del Concurso de ensayo histórico. Una versión del presente artículo forma parte del libro *Entre barricadas: novelas que reescriben la historia. Tucumán 1950-2000* (2020).

- 1 Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- 2 Steiner, George. *Gramáticas de la creación*. Madrid, Siruela, 2011, p. 11.
- 3 Steiner, George. *La poesía del pensamiento: del helenismo a Celan*. Madrid, Siruela, 2012, p. 81.
- 4 Se podría suponer en un primer momento que la cita de Defoe está extraída del *Diario del año de la peste (1722)*. Sin embargo, el fragmento proviene de las aventuras de Robinson Crusoe (*Serious reflections during the life and surprising adventures of Robinson Crusoe, 1720*). Por lo tanto, en la obra de Defoe las metáforas de la isla y de la peste permiten abordar el enfrentamiento del hombre con el mundo.
- 5 Jablonka, Iván. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2016, p. 201.
- 6 La novela *Los novios*, de Alessandro Manzoni, fue publicada en 1827.
- 7 Serie de obras propuesta por Ivan Jablonka, a la que se deben añadir las obras de Procopio, Tucídides, Tito Lucrecio Caro, Giovanni Boccaccio, Jack London, y las más recientes de José Saramago, Patrick Deville y Edmundo Paz Soldán.
- 8 Jablonka. Ob. cit., p. 203.
- 9 Certeau, Miche de. *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 63.
- 10 Jablonka. Ob. cit., pp. 205-207.
- 11 Paula Parolo, Daniel Campi & María Estela Fernández. “Auge azucarero, mortalidad y políticas de salud en San Miguel de Tucumán en la segunda mitad del siglo XIX” en *Estudios sociales*, año XX, N°38, 2010. Cfr. Carlos Páez de la Torre. *Historia ilustrada de Tucumán*. Tucumán, Ediciones Síntesis, 1994, p. 356.
- 12 Cfr. Beatriz Garrido & Marta Barbieri. “Cólera, condiciones de existencia y tensiones sociales, Tucumán de fines de siglo XIX” en *Historia y desastres en América Latina*, Vol. 3. México D.F., Publicaciones de la Casa Chata, 2008.
- 13 Parolo, Campi & Fernández. Ob. cit., pp. 42-43.
- 14 Fernández, 2004, citada en: Cynthia Folquer. “Colera morbus y cólera divina. Miedo a la muerte e imaginario religioso en Tucumán (Argentina) a fines del siglo XIX” en *Boletín Americanista*, año XLI, 1, N° 62, 2011.
- 15 Parolo, Campi & Fernández. Ob. cit., pp. 47-48.
- 16 Cfr. Gargiulo, María Cecilia. “El cólera: oportunidades de control y resistencias populares. Tucumán, 1886-1887” en *Estudios Sociales*, N° 41, segundo semestre, 2011, p. 98.
- 17 Parolo, Campi & Fernández. Ob. cit., p. 54.
- 18 Rosenzvaig, Eduardo. *La bomba silenciosa*. Tucumán, UNT, 2009, p. 21.
- 19 Pascual, Cecilia. “La epidemia de cólera como condensador de sentidos: culturas urbanas, narraciones clínicas y políticas higiénicas en Rosario, Argentina, 1886-1887” en *História, Ciências, Saúde*, Vol. 24, N° 2, abril-junio, 2017.
- 20 Folquer. Ob. cit., p. 87.
- 21 En una carta de Torcuato de Alvear para el gobernador Juan Posse se puede leer: “El estado de la ciudad de Buenos Aires es inmejorable en los últimos días. Ningún caso de cólera”. *Diario El Orden*, 13 de noviembre de 1886 en Folquer. Ob. cit., p. 86.
- 22 Páez de la Torre. Ob. cit., pp. 355-356.
- 23 Navajas, María José. “Actores de tinta: el papel de los periódicos en la dinámica política tucumana de la década de 1880” en: *Coordinadas. Revista de historia local y regional*, año III, N° 1, enero-junio, 2016, pp. 145-147.
- 24 Folquer. Ob. cit., p. 86.
- 25 *Ibidem*, p. 87.
- 26 Gargiulo. Ob. cit., p. 101. Por su parte, Páez de la Torre señala —de forma llamativa— que las tensiones entre el gobierno de Posse y la administración de Juárez Celman tuvieron un “paréntesis” durante la epidemia de cólera.
- 27 Navajas. Ob. cit., p. 162.
- 28 *Ibidem*, p. 148.
- 29 Folquer. Ob. cit., p. 85.
- 30 Rex Bliss, Santiago. “La intervención federal de 1887 a Tucumán: algunos rasgos de la cultura política decimonónica” en: Roberto Pucci y Luis Bonano (comps.). *Autoritarismo y dictadura. Estudios sobre cultura, política y educación*. Buenos Aires, Catálogos, 2009, p. 69.
- 31 Navajas. Ob. cit..
- 32 Bliss. Ob. cit., pp. 70 y 63.
- 33 *Ibidem*, p. 65.
- 34 Rosenzvaig. Ob. cit., 2009, p. 69.
- 35 Es posible trazar vínculos entre *Santísimas viruelas* y *La bomba silenciosa* desde las palabras del gobernador José Posse en la última novela mencionada: “Desde que comenzó la campaña al desierto y

liberamos prisioneros indios infectados de algún bacilo dormido de la gripe, la viruela o la difteria para que regresaran a las tolderías ignorantes de que el bacilo se despierta, matamos a tolderías enteras sin defensas y ello fue más eficaz que rodearlos con infantería; mire Ignacio, me humilla saber desde entonces sólo una cosa, que el ministro del Interior haya practicado con nosotros la táctica para con los indios”. En Rosenzvaig. Ob. cit., 2009, p. 244.

36 Rosenzvaig, Eduardo. *Santísimas viruelas*. Tucumán, UNT, 1997, p. 244.

37 Folquer. Ob. cit., p. 78.

38 Colombres, Adolfo. *Los días imposibles*. Buenos Aires, CEAL, 1972, p. 74.

39 Folquer. Ob. cit., pp. 80-81.

40 Colombres, Adolfo. *Sacrificio*. Buenos Aires, Corregidor, 1991, p. 148.

41 Folquer. Ob. cit., pp. 89-91.

42 Steiner. Ob. cit., p. 329.

43 Rojas Paz, Pablo. *Hasta aquí, no más*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966, p. 19.

44 Colombres. Ob. cit., 1991, p. 245.

45 Ardiles Gray, Julio. *Las puertas del paraíso*. Buenos Aires, CEAL, 1968, p. 150.

46 Colombres. Ob. cit., 1991, p. 144.

47 Ardiles Gray. Ob. cit., pp. 153-154.

48 Rosenzvaig, Eduardo. Ob. cit., 2009, p. 23. En otra descripción histórica se puede leer: “Muchos peones de ingenios azucareros eran arrojados a las zanjas cercanas sin cubrirlos de tierra”. En Folquer. Ob. cit., p. 91.

49 Foguet, Hugo. *Préterito perfecto*. Buenos Aires, Legasa, 1983, pp. 52-53.

50 Rosenzvaig. Ob. cit., 2009, p. 85.

51 En la actualidad, en este mismo lugar, funcionan las facultades de Ciencias Exactas, Ciencias Económicas, Arquitectura, Agronomía y Zootecnia, de la Universidad Nacional de Tucumán.

52 Parolo, Campi & Fernández. Ob. cit., p. 59.

53 Colombres. Ob. cit., 1972, p. 73-74.

54 Folquer. Ob. cit., p. 90.

55 Rojas Paz, Pablo. *Mármoles bajo la lluvia*. Buenos Aires, Losada, 1954, pp. 16-17. El siguiente fragmento también pertenece a esta obra de Rojas Paz: “Cuando se produjo la peste del setenta, la cárcel de la ciudad fue vaciada de penados, los cuales quedaron en

libertad, para ser convertida en asilo de los niños famélicos que se encontraron abandonados en medio del campo”.

56 Rojas Paz. Ob. cit., 1966, p. 132. Como se refiere tanto en las novelas como en los estudios históricos, muchos de esos niños luego fueron *repartidos* entre las familias pudientes de la ciudad.

57 Es importante resaltar la cantidad de episodios de resistencia social que se registraron durante la epidemia de cólera en 1886-1887. Cfr. Noemí Goldman. “El levantamiento de montoneras contra «gringos» y «masones» en Tucumán, 1887: tradición oral y cultura popular” en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3ra serie, N° 2, 1990.

58 Folquer. Ob. cit., pp. 91-92.

59 Ardiles Gray. Ob. cit., p. 152.

60 Colombres. Ob. cit., 1991, pp. 145-147.

61 Adolfo Colombres. *Territorio final*. Buenos Aires, Torres Agüero, 1987, p. 13.

62 Rosenzvaig. Ob. cit., 2009, p. 192. Es conocido que Eduardo Wilde escribió su tesis con el hipo como tema.

63 Ardiles Gray. Ob. cit., p. 167.

64 Eloy Martínez, Tomás. *Sagrado*. Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 100.

65 Martínez. Ob. cit., p. 165.

66 *Ibidem*, p. 170.

67 *Ibidem*, p. 100.

68 Orphée, Elvira. *Dos veranos*. Buenos Aires, Bajo La Luna, 2012, pp. 135-137.

69 Rosenberg, Sara. *Cuaderno de invierno*. Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 119.

70 *Ibidem*, p. 165.

71 *Ibidem*, p. 137.

72 *Ibidem*, p. 168.

73 *Ibidem*, p. 165.

74 *Ibidem*, p. 235.

75 *Ibidem*, p. 296.

76 Magris, Claudio. “Los consuelos del apocalipsis” en: *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*. Buenos Aires, Anagrama, 2001, p. 30.

77 Foguet. Ob. cit., p. 53.